

151

v. 8 # 9

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA LIRICO-DRAMÁTICA.

LAS AMAZONAS DEL TORMES.

PRECIO: 6 RS.

S. H. G.

MADRID.—1865.

IMPRESA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

STANFORD UNIVERSITY

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

STANFORD UNIVERSITY

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

STANFORD UNIVERSITY

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

L A S

AMAZONAS DEL TORMES.

LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

AT BERKELEY

1911

LAS

AMAZONAS DEL TORMES,

ZARZUELA EN DOS ACTOS Y EN VERSO,

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

D. EMILIO ALVAREZ.

MÚSICA DEL MAESTRO

D. José Rogel.



MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION

Calle del Clavel núm. 11, cuarto 2.º

1865,

PERSONAJES.

ACTORES.

VICTORINA.	SRA. ISTURIZ.
DOÑA MARÍA SALOMÈ.	LUJAN.
VALENTINA.	FERNÁNDEZ.
ENCARNACION.	ESPINOSA.
CÁNDIDA.	BUENO.
ENRIQUE PEREZ.	SR. PRAST.
D. HILARION DEL PINO..	ARDERIUS.
QUINTIN.	CALTAÑAZOR.

COLEGIALAS.—AUSTRIACOS.—PORTUGUESES.

VÓLUNTARIOS ESPAÑOLES.

La accion tiene lugar en Salamanca.

Guerra de Sncesion.

La propiedad de esta obra pertenece á D. Antonio Lamadrid, y nadie podrá reimprimirla ni representarla sin su permiso.

Los correspondientes y agentes del CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

260,82
5024
v. 18 n. 9

ACTO PRIMERO.

Patio del colegio: cerca en el fondo con puerta en el centro. En el primer término de la izquierda, gran fachada de casa con puerta y balcones practicables. En el foro, fachada de un edificio con una gran muestra que dice: *Escuela militar*.

ESCENA PRIMERA.

QUINTIN, *aparece tendido en un banco leyendo una Gaceta.*

MÚSICA.

CORO DE CADETES. (Dentro.)

Aun alienta, rey de España,
don Felipe de Borbon,
que en Luzara y Portalegre
cien laureles conquistó.

Tema al ejército
franco-español,
el archiduque
usurpador.

CORO DE COLEGIALAS.

Desdichada quien suspira
de la vida en el albor,
condenada noche y día
á perpétua reclusión.

Yo quiero galas,
yo quiero amor.
De tanto encierro
libreme Dios.

QUINTIN.

Oh, qué alegre retiro!
Oh, qué tranquilidad!
Aquí del archiduque
las tropas no vendrán;
aquí me hallo en completa
seguridad.

De las niñas de casa
yo soy el jardinero:
y al lado de mis flores
y de su amor sincero,
en santo amor de Dios,
yo amo una flor en cada niña,
yo amo una niña en cada flor;
y eso es mejor,
mucho mejor,
que andar á cintarazos
por esos mundos de Dios.

Que siga la matanza,
que no se me dé un pito
del archiduque Cárlos,
ni de Felipe Quinto,
ni de la rebelion.
Yo amo una flor en cada niña
yo amo una niña en cada flor,
y eso es mejor,
mucho mejor,
que andar á cintarazos
por esos mundos de Dios.

CORO DE CADETES.

Las copas apurad!
Al rey de España brindad!

Y al son de la batalla
 reid, hebed y cantad.
 Tra, la, la, tra, la, la.

CORO DE COLEGIALAS.

La hora va á sonar.
 El triste encierro dejad.
 y en plácida alegría
 jugad, reid y cantad.
 Trá, lá, la, trá, lá, lá.

ESCENA II.

QUINTIN — VALENTINA.

HABLADO.

- QUINTIN. (*Deletreando en la Gaceta.*)
G a, ga; y c e ce:
t a ta, Gaceta; bueno.
 Lo que es á leer de corrido,
 con todos me las apuesto.
- VALENT. Qué estás haciendo, Quintin?
- QUINTIN. No lo vés? Estoy leyendo.
- VALENT. Tú leer? Si apenas sabes
 deletrear!
- QUINTIN. Por supuesto;
 mira *b e bé*.—Conozco
 las letras como el primero.
 Y si vieras tú qué cosas
 en esta *Gaceta* leo!
- VALENT. De veras, Quintin? Qué dice?
- QUINTIN. Que va á arder el mundo entero;
 que el archiduque se acerca,
 y el rey le sale al encuentro,
 y que va á haber cada palo...
- VALENT. Conque está en tan grave riesgo

- el rey don Felipe Quinto?
- QUINTIN. Aquí lo tienes impreso
en letras de imprenta.
- VALENT. Ay Dios,
si no encontramos refuerzo
en los duques de Berwick
y de Orleans, ya estamos frescos!
Pobre Madrid! pobre España!
- QUINTIN. Madrid no me importa un bledo;
sino esta pobre ciudad
de Salamanca, este pueblo
del que ambos formamos parte.
- VALENT. Hay peligro?
- QUINTIN. No ha de haberlo!
Si anda entre Ciudad-Rodrigo
y Salamanca, el jaleo.
Ay si vienen los austriacos!
Ay, Valentina, y qué miedo
que me ha entrado por las piernas!
- VALENT. Están cerca?
- QUINTIN. No están lejos.
- VALENT. Y qué nos harán si vienen?
- QUINTIN. Nada; cortarnos el cuello.
Pues digo! Y los portugueses?
Ya verás tú lo que es bueno!
con los españoles, no
pecan de atrevidos; pero
lo que es á las españolas
os tienen unos deseos!
- VALENT. Qué han de hacerme?
- QUINTIN. Ps! Ellos son
besucones en extremo.
- VALENT. Y qué podrá suceder?
- Nada; que me den un beso.
- QUINTIN. Uno por cada aliado?
Son trescientos mil lo menos.
- VALENT. Trescientos mil?

QUINTIN. Ya ves! Quién
ha de atreverse con ellos?

VALENT. Quién? El duque de Berwick
y los bravos de este pueblo.
No son todos tan cobardes
como tú.

QUINTIN. Como yo? Bueno.
Y por qué no me enseñaron
á ser valiente?

VALENT. Mostrenco!
Eso no se enseña.

QUINTIN. No?
Pues yo cuando era pequeño,
tenia disposiciones
naturales para serlo.
Mas no me las cultivaron,
y ahí lo tienes tú; por eso!

VALENT. Pues sábelo de una vez;
ó ingresas en el ejército,
ó no me caso contigo.

QUINTIN. Si no soy valiente.

VALENT. Serlo.

QUINTIN. Y si me embisten?

VALENT. Embistes.

QUINTIN. Y si son muchos?

VALENT. A ellos!

QUINTIN. Y si me hieren?

VALENT. Te curas:

QUINTIN. Y si me matan?

VALENT. *Laus deo.*

QUINTIN. Pues no me sale la cuenta:
qué quieres? Eso yá en génios.
Cuánto mejor es cuidar
el jardin de este colegio.
Yo aquí escondido entre niñas,
tranquilo de alma y de cuerpo,
con toda comodidad

duermo y ronco, como y bebo.
y... vamos, que soy el hombre
más feliz del universo.

VALENT. Y aquí te estás? Ay, si yo
me encontrara en tu pellejo!
Oh, placer! Mi corazón
late de entusiasmo lleno!
Si pudiera yo vestir
los militares arreos,
pusiérame á la cabeza
de los españoles tercios,
y no quedaba un austriaco
que no pasara á degüello.

QUINTIN. Ellos no son mancos.

VALENT. Ba!

QUINTIN. Y pegan.

VALENT. Quién dijo miedo?

QUINTIN. Tienen sables.

VALENT. Cuchillada!

QUINTIN. Y traen mosquetes.

VALENT. Pues fuego!

QUINTIN. Son muchos.

VALENT. Mayor victoria!

QUINTIN. Son valientes.

VALENT. Pues á ellos!

QUINTIN. (Dios eterno! Qué muchacha!)

VALENT. (Uff! Qué hombre, Dios eterno.)

(Llaman en la puerta del fondo.)

QUINTIN. Han llamado.

VALENT. Quién será?

QUINTIN. Yo no sé.

VALENT. Vamos á verlo.

ESCENA III.

VALENTINA.--QUINTIN.--DON HILARION *con marcadas señales de miope.*

D. HIL. (A Quintin.) Es á doña Salomé
Espinosa de Cabello,
Olivares de la Huerta
y Romeral de Cienfuegos,
propietaria y directora
de este tranquilo colegio,
á quien hablo?

QUINTIN. No señor;
Soy Quintin el jardinero.

D. HIL. (De igual modo á Valentina.)
Es á doña Salomé
Espinosa de Cabello,
Olivares de la Huerta
y Romeral de Cienfuegos,
propietaria y directora
de este apacible colegio,
á quien hablo?

VALENT. No señor;
soy Valentina Moreno,
costurera de la casa,
y criada vuestra.

D. HIL. Pero,
no podrias personarme
con el citado sugeto,
dicho doña Salomé
Espinosa de Cabello
Olivares...

QUINTIN. De la Huerta
y Romeral de Cienfuegos,
propietaria y directora
de este apacible colegio?

Sí, señor.

VALENT. Mientras, podeis
pasar al recibimiento.

D. HIL. Esperaré aquí al fresquito.

VALENT. Ya es la hora del recreo.
No tardarán en bajar
las señoritas.

D. HIL. Me alegro.

ESCENA IV.

QUINTIN.—DON HILARION.

QUINTIN. Pues! Bajarán todas juntas,
y ya vereis qué recreo!

D. HIL. Venid acá.

QUINTIN. Qué?

D. HIL. Deseo
haceros varias preguntas.

QUINTIN. Sobre el archiduque?

D. HIL. No.

QUINTIN. No me habéis de él; mala peste!

D. HIL. Yo quiero hablaros de este
establecimiento.

QUINTIN. Oh!!
Pues este establecimiento
está tan establemente
establecido...

D. HIL. Corriente:
qué tal es el alimento?

QUINTIN. De rechupete!

D. HIL. Sí eh?

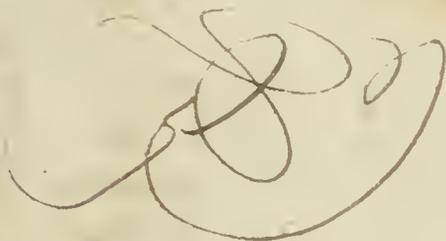
QUINTIN. Lunes, judías.

D. HIL. Ajá!

QUINTIN. Los martes, lentejas.

D. HIL. Ya!

- QUINTIN. Miércoles, judías.
 D. HIL. Qué?
 QUINTIN. Jueves, lentejas.
 D. HIL. Y es sana
 esa costumbre?
 QUINTIN. Excelente!
 Y así sucesivamente
 sigue toda la semana.
 D. HIL. Mas no hay festejos, no hay días
 que alteren la usanza esta?
 QUINTIN. Ah! Sí. Los días de fiesta,
 hay lentejas y judías.
 D. HIL. No hallo inconveniente alguno
 hasta aquí. Pero á lo menos,
 se inculcan principios buenos
 á las jóvenes?
 QUINTIN. Ninguno.
 Hay ayuno, hay colaciones...
 mas principios? No señor.
 Dicen que dice el doctor
 que causan indigestiones.
 D. HIL. Yo os hablo en este momento
 de principios de moral.
 Qué tal las niñas, qué tal?
 Guardarán recogimiento...
 QUINTIN. No han de guardarlo! Al tocar
 á las ánimas benditas,
 ya están arrebujaditas
 en la cama sin chistar.
 D. HIL. Hay modestia?
 QUINTIN. Cabalito!
 Fé, modestia, caridad,
 continencia y castidad! ..
 Lo cantan á voz en grito.
 Cuántos Dioses hay. Y bien-
 aventurados de Dios
 sean los mansos... y los...



per omnia secula, amen.

D. HIL. Habrá paz?..

QUINTIN. Como en la gloria.

D. HIL. No entra ningun hombre?..

QUINTIN. No.

No hay más hombre aquí que yo;
y eso porque ando en la noria.

La señora directora
ha rogado al director
de aquel colegio, al señor...

D. HIL. Ya sé; es mi hermano.

QUINTIN. En buen hora.

Le ha dicho que corte allí
toda comunicacion

á sus alúminos, con
este colegio de aquí.

Porque como el suyo dá
frente por frente al de acá,
y tiene un patio que ya
á entrambos colegios da,
y el jardin de acá, está
entre el de acá y el de allá!...

D. HIL. Ya.

QUINTIN. Resulta que las salas
de dibujo están juntitas,
y se tiran pelotitas
cadetes y colegialas:
y temo que en bien no para;
que el otro dia por cierto,
á poco me dejan tuerto
de este ojo de la cara.—

Y ahora caigo! Por qué así
teneis un ojo entornado?

Es que tambien os han dado
algun golpe como á mí?

D. HIL. Es que soy miope.

QUINTIN. Ya!

Miope!—(Qué hombre más teo!)
Y eso, qué es?

D. HIL. Que no veo.

QUINTIN. Qué lástima!

D.^a SAL. (Saliendo.) Quintin!

QUINTIN. Ah!

Es la directora.

ESCENA V.

DON HILARION.—DOÑA SALOMÉ.

D.^a SAL. (A Quintin.) Sal:
Caballero...

D. HIL. Guárdeos Dios.

D.^a SAL. Teneis que mandar?

D. HIL. Sois vos
doña Salomé...

D.^a SAL. (Interrumpiéndole.) Si tal.

D. HIL. Soy don Hilarion del Pino,
cirujano, sangrador,
y hermano del director
de ese colegio vecino.

D.^a SAL. Ah!

D. HIL. Del que vá á transformar,
oh, asombro de las edades!
su escuela de humanidades,
en escuela militar.
Ya la muestra lo relata:
yo dí á esas pobres criaturas
vestuarios y fornituras;
me quedé con la contrata.
El miedo guarda la viña...—
oid mi demanda ahora.—
Tengo una niña... ay, señora
doña Salomé! una niña!
Soy su tutor. ¿Qué hago de ella?
Quién libra de estos amaños

á una jóven de veinte años,
 bien parecida, y doncella?
 Educada fué en Madrid,
 modelo de sencillez
 de juicio y de timidez,
 y un jóven... ahora entra el *quid*:
 un estudiante sin blanca
 que Enrique Perez se nombra,
 no la deja á sol ni á sombra
 desde que vino á Salamanca.
 Y esperando el galardón
 de su empeño estafalario,
 se ha enganchado voluntario
 al mando del de Borbon.
 Hoy por mi maldita estrella
 se acaba de organizar
 una guardia popular,
 y me han hecho entrar en ella.
 Y para colmo de males
 han nombrado á Enrique Perez
 mi gefe inmediato, alférez
 de los guardias nacionales.
 Y entre la niña, el servicio,
 y ese ejército de ingleses,
 austriacos y portugueses,
 me van á volver el juicio.

D.^a SAL. Ay señor don Hilarion,
 y qué tiempos alcanzamos!

D. HIL. Ay doña Salomé! Estamos
 á la boca del cañon.
 Va á arder en sangrienta lid
 la ciudad, que el enemigo
 viene de Ciudad-Rodrigo
 avanzando hácia Madrid.

D.^a SAL. A Madrid?

D. HIL. Pero es el caso
 que aun le falta la mitad

del camino, y la ciudad
 intenta cerrarle el paso.
 Ya previenen municiones,
 picas, mosquetes... en fin,
 va á haber la de San Quintín
 entre austriacos y Borbones.

D.^a SAL. No sois valiente?

D. HIL. Os diré...

No tengo seguridad...
 Cuando inquiera la verdad,
 yo os la comunicaré.
 Conque... fio á vuestro amor,
 á vuestra solicitud,
 la niña, cuya virtud,
 juicio, inocencia y candor...

D.^a SAL. En mi celo descuidad.

D. HIL. Lo apreciaré eternamente.
 La niña espera allí enfrente.
 Voy por ella.—Adios quedad,

D.^a SAL. Señor del Pino; yo en ello
 honra inmensa ganaré.

D. HIL. Gracias, doña Salomé
 Espinosa de Cabello.

(Se oye una campana y gran animacion y bulla de las colegialas.)

ESCENA VI.

DOÑA SALOMÉ.—COLEGIALAS.

CORO.

COLEGIALAS.

La hora es de recreo,
 no hay miedo hasta mañana
 que el toque de campana
 nos llame á la labor.
 Corramos sin descanso,
 gritemos y juguemos

riamos y cantemos
y rabie el preceptor.

DOÑA SALOMÉ.

Diviértanse con juicio.

COLEGIALAS.

Asueto! Asueto! Asueto!

DOÑA SALOMÉ.

Qué falta de respeto!

COLEGIALAS.

La falta perdonad;
Corramos sin descanso;
juguemos y saltemos,
riamos y canteimos.

DOÑA SALOMÉ.

Silencio... y escuchad.

—
Disponeos con modestia
y recato, á recibir
á una nueva compañera
que al momento va á venir.

COLEGIALAS

Una nueva! Quién será?
Quién es ella nos decid!

DOÑA SALOMÉ.

Compostura!

COLEGIALAS.

Qué alegría!

Una nueva!

DOÑA SALOMÉ.

Ya está aquí.

ESCENA VII.

DOÑA SALOMÉ.—VICTORINA.—DON HILARION.—
COLEGIALAS.

VICTORINA.

Ave María purísima!

COLEGIALAS.

Sin pecado concebida santísima!

DOÑA SALOMÉ.

Venid, hija mía.

VICTORINA.

Dios guarde á usarced.

UNAS.

Qué facha de tonta!

OTRAS.

Qué hipócrita es!

DON HILARION.

Dispensad, señora
doña Salomé,
su expresión sencilla
y su timidez.

DOÑA SALOMÉ.

Saludadla, niñas,
como amiga fiel.

COLEGIALAS.

Bien venida sea;
sea para bien.

VICTORINA.

Para siempre vuestra.

COLEGIALAS.

Para siempre amen.

TODOS.

Para siempre amen.

VICTORINA.

Cumplir los preceptos será el afán mio.

Mi libro de rezo mi noche será.

Ser buena y amante solicita ansio,
y nunca una queja de mi se tendrá.

(Mi amor y mi ingenio,
mi indómito brio
á impedirlo bastará.)

COLEGIALAS.

Su cara de tonta á mí no me gusta.

A mí no me gusta su modo de hablar.

DON HILARION.

Se corta de veros, de hablaros se asusta.

Su porte sencillo debeis dispensar.

DOÑA SALOMÉ.

Su aspecto sencillo á mí me seduce,

á mí me enamora su modo de hablar.

VICTORINA.

Del coro y la clase seré la primera.

Mi amor al estudio no muere jamás.

Yo aré penitencia con fé verdadera.

ayuno y silicio!.. no anhelo yo más.

Mi amor y ingenio
mi audacia altanera,
á impedirlo bastará.

COLEGIALAS.

Su cara de tonta... etc.

DON HILARION.

Se corta de veros... etc.

DOÑA SALOMÉ.

Su aspecto sencillo... etc.

HABLADO.

D.^a SALOMÉ. Quedad con vuestras amigas:

niñas... diviértanse en paz.
Arreglemos si os parece
las condiciones.

D. HIL.

Guiad.

ESCENA VIII.

VICTORINA —COLEGIALAS.

ENCARN. Cuanto más la miro...

CÁND. Qué?

VICTOR. Por vida! hallarme á mi edad
otra vez en el colegio.

CÁND. No hay duda, es ella.

ENCARN. Verás.

Victorina!

VICTOR. Quién me llama?

CÁND. Ella es!

ENCARN. Oh, felicidad!

VICTOR. Encarnacion! Toma! y Cándida!
Qué dicha! No me abrazais?
Vaya un beso.

CÁND. Y dos.

ENCARN. Y ciento!

VICTOR. Que fortuna! voto á San!

TODAS. Y jura! (P. rsignándose.)

ENCARN. Conque eres tú
á quien nos presenta la
directora por modelo
de inocencia y de humildad?

VICTOR. Yo soy.

CÁND. Tú, que en el colegio
de la madre Trinidad
eras el mismo demonio!

TODAS. (P. rsignándose.) Jesús nos libre de mal.

VICTOR. Yo... que por mis travesuras,
que eran muchas!

ENCARN. Eran más.

VICTOR. Mudé más de diez colegios,
y en todos logré dejar
la fama de revoltosa...
Era un diablillo... verdad?
Ay! Pues habeis de saber
que no soy la misma ya.
He cambiado mucho!.. El
trato de la sociedad...

CÁND. La sociedad? Has entrado
ya en ella?

VICTOR. Pues no he de entrar!
Puedo contaros mil cosas
que vosotras ignorais.

ENCARN. Cuenta.

CÁND. Cuenta.

TODAS. Que las cuente.

VICTOR. No, que pudiera hacer mal.
Qué dirá la directora?

ENCARN. Esto no es pecado.

VICTOR. Ay!
Abrir los ojos á quien
los tiene cerrados.

CÁND. Cá!
Si aquí todas los tenemos
abiertos, verdad?

TODAS. Verdad.

ENCARN. Cuenta, Victorina, cuenta.

VICTOR. Una vez que os empeñais...

CÁND. Dí.

VICTOR. Si supiérais vosotras
cuántas emociones hay
en la vida! Qué encontrados
afectos! Qué dulce afan!
Aun guardo en mi corazon
el más bello! el principal,
el amor!

ENCARN. Sentiste amor?

- VICTOR. En toda su intensidad:
 TODAS. Qué es amor?
 VICTOR. Pena y ventura,
 tristeza y gozo á la par:
 una animacion amarga,
 una dulce enfermedad!
 Es un espíritu, un sér
 invisible y pertinaz,
 que con malicia sutil
 poquito á poquito vá
 filtrándose en nuestro pecho,
 y cuando en él llega á entrar,
 nos da guerra al corazon,
 y al alma rôba la paz.
- COLEG. Qué miedo!
 VICTOR. Y sentí el influjo
 de su ley tirana.
- COLEG. Cuál?
 VICTOR. Sentí celos.
 COLEG. Qué son celos?
 VICTOR. Celos? Celos nada más!
 Es enigma, es quisicosa
 muy difícil de explicar.
 Es un duendecillo aleve,
 un diablillo contumaz,
 que allí adonde amor penetra,
 allí con él ha de entrar
 para vivir en abierta
 contradiccion cada cual;
 y le hiere y le maltrata,
 y le hace desesperar,
 y amor llora, y le despide,
 y el tuno nunca se va.
 Estos celos sentí yo. . .
- COLEG. Te hicieron mal?
 VICTOR. Mucho mal.—
 Pero en cambio de esto, cuántos



goces en la vida hay:
y sobre todo en Madrid!
Qué bulla! Qué libertad!
el parque y calle mayor;
Saraos! fiestas de danzar.
Ay, la danza! Si supiérais
qué bella es la danza!

COLEG.

Ay!

Explicanos.

VICTOR

Eso haré

con mucho gusto; escuchad.

MUSICA.

Figuráos un salon
de escogida sociedad,
todo en él animacion,
todo en él felicidad.

En su recinto
ya prisioneros,
cien caballeros
pasando van.

Uno entre todos
nos mira amante,
el más constante,
el más galan,

Y á los ecos de plácida orquesta
para el baile nos viene á invitar.

COLEGIALAS.

Ay, qué cosa tan bella es la danza
al amor de un rendido galan.

VICTORINA.

El galan gira en redor
de su dama en loco afan;
y en el baile encantador
únense dama y galan.

Y confundidas

las cien parejas,

tímidas quejas
se dan allí.

Y un caballero
amor nos jura,
nuestra cintura

(Girando asida á la cintura de una colegiala.)

ciñendo así,

Y en sus brazos corremos, giramos,
de la orquesta al festivo compás.

Lam, laran, lan, lan.

COLEGIALAS. (Imitándola.)

Ten mis brazos: corramos, giremos
de la orquesta al festivo compás.

Lam, laram, lam, lam.

ESCENA IX.

VICTORINA.—ENCARNACION.—CÁNDIDA.— CO-
LEGIALAS.—VALENTINA:

HABLADO.

VALENTIN. Dónde está la nueva?

VICTOR. Calla!

Valentina!—Ven acá.

VALENTIN. Señorita Victorina!

Sois vos? Cómo os encontráis
en mi colegio?

VICTOR. Por... nada,

por una casualidad.

Y tú?

VALENTIN. En cuanto á mí no tiene
nada de particular,

porque me hallo aquí sirviendo
lo mismo que estaba allá.

Vos dejásteis ya el colegio?

Es preciso; á vuestra edad!

Sois ya una mujer.

- VICTOR. Es claro,
y me sublevé además
contra el maestro de baile.
- VALENTIN. Pobre hombre.
- VICTOR. Era un animal.
Y tú?
- VALENTIN. Phs! La Directora
me despidió; dió en pensar,
que tenía primos en todos
los tercios... no era verdad:
porque solo tengo dos,
y son de la guardia real.
A propósito, y aquel
enamorado galan?
- VICTOR. Ah! (Las colegialas se aproximan á Victorina.)
- ENCARN. Miren eso! Qué bien
nos lo has sabido callar.
- VICTOR. No sabeis que siento amor
en toda su intensidad?
- CÁND. No sabemos quién es él?
- VICTOR. Dadlo por sabido ya.
- ENCARN. Su nombre?
- CÁND. Quién es?
- UNA. Es guapo?
- OTRA. Es jóven?
- OTRA. Es militar?
- VICTOR. Es estudiante: se llama
Enrique Perez; su edad.
veinticinco años, muy guapo.
- ENCARN. (Con ironía.) Es justo, tal para cual.
- CÁND. Dios te haga dichosa.
- TODAS. Amén.
- VICTOR. Gracias.
- ENCARN. Tú mereces más.
(Qué fátua.)
- CÁND. (Qué presumida!)
- UNA. (Qué necia!)

OTRA. (Qué tonta!)

TODAS. (Con desprecio.) (Bá!)
(Suena una campana.)

ENCARN. La clase! Hum! Qué fastidio!

CÁND. Vuelta al encierro. Qué afán!

ENCARN. Vamos á insurreccionarnos.

VICTOR. Ay, no por Dios; no hagais tal:
una insurreccion, y apenas
acabo yo de llegar.

ENCARN. Te has vuelto miédsosa?

VICTOR. No.
Pero á su tiempo : esperad.

VALENT. La Directora.

ESCENA X.

DOÑA SALOMÉ. — DON HILARION. — VICTORINA.
VALENTINA. — COLEGIALAS.

D.^a SAL. A la clase,
niñas, que han tocado ya.

COLEG. Ya vamos.

D. HIL. (A victorina.) Dame el abrazo
de despedida.

VICTOR. Os marchais?
Cielos! Estais conmovido.

HIL. Mi emocion es natural.
El sentimiento de esta
separacion... y además,
las tropas del archiduque
y la guardia popular,
todo esto me afecta, y me...
conque... niña, queda en paz.

D.^a SAL. Adentro, niñas.

D. HIL. Señora
Doña Salomé...

(Al salir don Hilarion recibe un fuerte empujon de Quilatin
que entra corriendo.)

Animal!

ESCENA XI.

DOÑA SALOMÉ.—VALENTINA.—QUINTIN.

QUINTIN. Perdone usarcé, y vaya
corriendo á armarse usarcé,
que está reunida la guardia,
y tocan á somaten.

D.^a SAL. Pues qué pasa?

VALENT. Qué sucede?

QUINTIN. Toma! Qué ha de suceder?
Que ya están ahí los austriacos,
y los ingleses tambien.
Dicen que vienen armados
hasta las uñas.

D.^a SAL. Si, eh?

QUINTIN. Dicen que traen unas barbas
muy largas.

D.^a SAL. Dios de Israel!

QUINTIN. Dicen que son unos zánganos
que tienen más de ocho pies,
y dicen que son muy brutos
y que á nadie dan cuartel.

D.^a SAL. Los has visto?

QUINTIN. No señora,
pero pronto los veré.

(Oyese el toque lejano de clarines.)

Ois? Tocan á degüello!

Requiescat in pace, amen;
todos los mozos del pueblo
se reunen.

D.^a SAL. Para qué?

QUINTIN. Para batir y hacer frente
al austriaco y al inglés,
dando lugar á que lleguen
las tropas de nuestro rey.

Estamos entre dos fuegos.

VALENT. Si yo no fuera mujer!

D.^a SAL. Valentina!

VALENT. Viva España!

D.^a SAL. Jesús, María y José.

(Yendo y viniendo los tres.)

A la pasanta que doble
la vigilancia esta vez.

VALENT. Bien, señora.

QUINTIN. Bien, señora.

D.^a SAL. Jesús nos saque con bien.
Que nada sepan las niñas
de ese espantoso tropel.

VALENT. Bien, señora.

QUINTIN. Bien, señora.

D.^a SAL. Yo vigilaré despues.
Que no me salga ninguna
de clase.

VALENT. Señora, bien.

QUINTIN. Bien, señora.

D.^a SAL. Haré que todos
cumplan hoy con su deber.

VALENT. Bien, señora.

QUINTIN. Bien, señora.

(Llaman á la puerta del fondo.)

VALENT. Han llamado.

D.^a SAL. No abras.

QUINTIN. Quién?

no hay nadie.

D.^a SAL. Calla, Quintin,
no mientas.

VALENT. Quién podrá ser?

Los bravos de la ciudad...
algun herido tal vez.

D.^a SAL. (A Quintin) Abre.

QUINTIN. Voy.—Dios trino y uno!

Esto nos cuesta la piel.

MÚSICA.—
CORO.

Auméntese la ronda
vigílense los puestos:
las órdenes del jefe
conviene obedecer.

Que la pátria, en quien adora,
pueda siempre confiar,
en la ayuda salvadora
de la guardia popular.

Auméntese la ronda, etc.

ESCENA XII.

DOÑA SALOMÈ.—VALENTINA.—ENRIQUE.—
QUINTIN.—VOLUNTARIOS *en el fondo: luego* DON
HILARION.

HABLADO.

ENRIQUE. Señora...

D.^a SAL. Seais bien venido.

ENRIQUE. Sois vos doña Salomé?

D.^a SAL. Servidora vuestra.

ENRIQUE. Gracias.

Se ha resuelto establecer
una pequeña avanzada
en esta casa; seré
muy dichoso en defenderla,
como la vénia me deis.

D.^a SAL. Vuestra mision es mandar;
la mia es obedecer.

La parte más elevada

(Señalando al pabellon.)

del edificio, esta es.

Es un pabellon aislado:

podeis descansar en él.
Yo voy con vuestro permiso,
á dar órdenes...

ENRIQUE. Muy bien.

D.^a SAL. Jesús me valga! Mi casa
se ha convertido en cuartel.
(Entra en la casa.)

QUINTIN. Conviene escurrir el bulto.
(Desaparece por detrás de la casa.)

VALENT. Es don Enrique: si! él es.
(Entra en la casa.)

ESCENA XII.

DON ENRIQUE.—DON HILARION —VOLUN-
TARIOS.

ENRIQUE. Dos números en la puerta,
(Quedan dos centinelas en la parte de afuera.)
uno, dos, así está bien.
Entren allí los demás.
(Entran en el pabellou.)
Quédese el número tres.

D. HIL. Presente.

ENRIQUE. Quedad aquí.
Esta puerta guardareis.

D. HIL. Yo? Obedezco, mi alférez.
Me conviene obedecer.

ENRIQUE. Os conviene?

D. HIL. Desde aquí
vuestros planes desharé.

ENRIQUE. Conque es aquí donde se halla
vuestra pupila?

D. HIL. No sé.

ENRIQUE. Respondedme.

D. HIL. La ordenanza
no me obliga á responder
á esa pregunta.

MUSICA.

Niña hechicera,
guarda constante
mi lisongera
esperanza de férvido amor.
Mi voz te implora
no huyas esquiua
de quien te adora,
que es mirarte mi dicha mayor.

ESCENA XIV.

ENRIQUE.—DON HILARION.—VICTORINA, *en el
balcon.*

VICTORINA.

La voz de mi galan.

ENRIQUE.

Es ella! Feliz yo!

DON HILARION.

Quién vá?

ENRIQUE.

Recoja el arma;
solo con vos estoy.

VICTORINA.

Cielos! Qué miro?

ENRIQUE.

Chito.

VICTORINA.

Sois vos Enrique?

ENRIQUE.

Yo.

(Cómo leerá este escrito?

Sublime inspiracion!)

(A Victorina misteriosamente.)

Guardad silencio ahora.

VICTORINA.

Silencio!

ENRIQUE.

Discrecion.—

(Encarándose de pronto con don Hilarion.)

Ridícula figura!

Horrible posicion!

Llevais el arma al brazo

muy mal, don Hilarion.

Y ya que estamos solos,

á aleccionaros voy.

Aquí cuadrado.—Firmes!

(Le coloca debajo del balcon.)

Descansen, arm!—Chiton!

La vista al frente!

(Pone la carta en el cañon del mosquete.)

Al hombro!

Más alto, vive Dios!

Más alto, más!

DON HILARION.

Más alto?

Si llega ya al balcon!

ENRIQUE.

Silencio, y obedezca

que se halla de faccion.

(Victorina coge la carta, y desaparece.)

ENRIQUE.

Nada recela,

claro se vé,

y Victorina

guardó el papel.

Burlar mi astúcia

quiso esta vez,

y de correo

sirvióme él.

DON HILARION.

Aleccionarme

quiere sagaz,
 ganar desea
 mi voluntad.
 Pero que venza,
 no es facil ya
 de mi invencible
 sagacidad.

HABLADO.

D. HIL. Estais contento de mí?
 ENRIQUE. No hay razon para otra cosa.
 Y tanto, que en recompensa
 os dispenso estas dos horas
 de centinela; podeis
 descansar, si os acomoda.
 D. HIL. Gracias, mi alférez.
 ENRIQUE. Aquí
 esta centinela sobra.
 Podeis marcharos tranquilo,
 D. HIL. Repito...
 ENRIQUE. Id en buenhora.

ESCENA XV.

ENRIQUE.—VALENTINA:

VALENT. Presente mi alférez.
 ENRIQUE. Hola!
 Eres tú?
 VALENT. Me conoció.
 Tambien él tiene memoria.
 ENRIQUE. No viene tu señorita?
 VALENT. Chis!.. Silencio! No nos oigan,
 Yo vengo á explorar el campo,
 porque no vengo yo sola.
 Señorita Victorina,

todo está á pedir de boca.
Venid.

ENRIQUE. Amor mio!

VICTOR. (saliendo.) Enrique!
Cómo aquí os encuentro?

VALENT. Toma!

Si es jefe de la avanzada
que este edificio corona.

VICTOR. Vuestra imprevista demanda
me ha llenado de zozobra.
Qué es esto?

ENRIQUE. Vuestro tutor
se niega á todo; no hay forma
de vencer su resistencia:
poco mi constancia logra.
Nada en el mundo poseo,
bien lo sé; solo me abona
el profundo amor que os tengo;
la fé que en mi pecho mora.
Si mira falta de méritos
mi pretension amorosa,
me basta para obtenerlos
un dia... solo una hora.
Las tropas del archiduque
se hallan á distancia corta:
para salir á su encuentro,
fé y ardimiento me sobran,
y en el reñido combate,
ganaré riqueza y gloria.

VICTOR. Pero y si perdeis la vida?

ENRIQUE. La vida? Y eso qué importa?
La vida sin mereceros,
por Dios, que me es enojosa.

VICTOR. Y eso es merecerme?

VALENT. Eso
es hablar en toda forma.

ENRIQUE. Solo anhelo oir de vos,

una palabra... una sola.
Si en este combate, no
me fuera la suerte próspera,
me esperareis, hasta tanto
que mis designios se logran?

VICTOR. O vuestra, ó de nadie.

ENRIQUE. Entonces
mia será la victoria.

(Toque lejano de clarines.)

Oís? ya llegó el momento.

VICTOR. Ya que es condicion forzosa,
distinguíos, mereced;
mas llevad en la memoria
que vuestra vida no es vuestra,
que la conserveis importa.

ESCENA XVI.

LOS MISMOS.—DON HILARION.—VOLUNTARIOS.

D. HIL. Mi alférez.

VICTOR. Ah! Mi tutor! (Entra en la casa.)

VALENT. No hay cuidado, no vé gota.

ENRIQUE. Firmes!

(Los Voluntarios se forman delante de Enrique.)

(Óyese una descarga.)

D. HIL. (Ay, Santa Bárbara!

Ya ha empezado á arder la pólvora.)

Mi alférez, yo no estoy bueno:

por tanto, si se me otorga

licencia para irme á casa...

ENRIQUE. En filas!

D. HIL. Es que no es broma; ~~miré~~
mire usarced cómo tengo
los nervios.

ENRIQUE. Eh! Punto en boca.

ESCENA XVII.

LOS MISMOS.—UN AYUDANTE.—SOLDADOS.

AYUD. Alférez, estais oyendo
las descargas de las tropas
del rey don Felipe Quinto
que al enemigo destrozan.

ENRIQUE. Viva el rey!

TODOS. Viva!

AYUD. Seguidme.

En esta plazuela próxima
hay ya nuevas municiones;
tomad las que os correspondan. (se vá.)

ENRIQUE. De frente, marchen!

(Salen todos formados.)

D. HIL. (Marchando pareja con el último.) Dios mio!

No puedo andar; tengo toda
la máquina descompuesta.—

(Al llegar a la puerta, dá de pronto media vuelta y baja al
proscenio.)

Lo que es yo, no voy por pólvora.

ESCENA XVIII.

DON HILARION.—QUINTIN.

QUINTIN. Gracias á Dios que se van.
Buen viaje! lo que es ahora
cierro y atranco el porton,
y no abro ni al *sursuncordam*.

D. HIL. Si yo pudiera esconderme...

QUINTIN. Yo no sé donde me esconda.

D. HIL. Quién anda ahí?

QUINTIN. Calla! Es
el señor de enantes.

D. HIL. Hola!

Eres tú, muchacho?—Ven.
 (Este ha de servirme...) Toma.
 (Le dá una moneda.)

QUINTIN. Muchas gracias:

D. HIL. En qué parte
 de esta casa hallarás forma
 de entrarme, sin que ninguno
 pueda dar con mi persona?

QUINTIN. Toma! Segun en qué parte.

D. HIL. Búscame la más recóndita.

QUINTIN. Ya! La más... Pues yo no sé...
 Como no sea en la noria.

D. HIL. Ave María Purísima!
 Este chico es un idiota!

QUINTIN. No; junto á la noria hay
 una covacha muy cómoda
 que ocupamos yo y el macho.
 y está casi siempre sola,
 porque como el macho está
 dando vueltas...

D. HIL. Me acomoda.

QUINTIN. Pues siga usarcé la tapia,
 y al final...

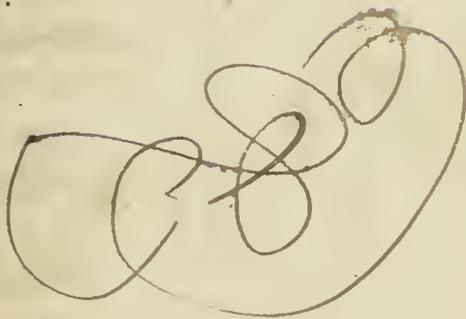
(Óyese un cañonazo.)

Dios nos socorra!

MÚSICA.

DON HILARION.

Ay Dios mio de mi alma!
 Yo no sé donde me esconda.
 Espasmódicos temblores
 ese estrépito me dá.
 De esta vez nos acuehillan,
 de esta vez nos acogotan,
 esto ya es un atropello,
 es una barbaridad.



QUINTIN.

Ese estruendo endemoniado
me fastidia y me encocora;
como suene otro estampido
yo me voy á desmayar.

Me parece que se encuentra
en peligro mi persona.

Me parece que esto es sério,
me parece que estoy mal.

DON HILARION.

Todo mi cuerpo tiembla.

QUINTIN.

Parezco un azogado.

DON HILARION.

A mí me da un calambre.

QUINTIN.

A mí también me dá.

DON HILARION.

Me marchó!

QUINTIN.

Yo me escurro!

DON HILARION.

Marchemos de puntillas!

QUINTIN.

Yo me escurro!

DON HILARION.

Me marchó!

QUINTIN.

Mucho silencio!

(Suena otro cañonazo.)

DON HILARION.

Ah!

QUINTIN.

Ya me suben los vapores,

ya me bajan los sudores,
 ya me encuentro en la garganta
 las cenizas de un volcan.
 Ya me tengo, ya me caigo,
 ya me da la calentura,
 yo no sé lo que me pasa,
 yo no sé lo que me dá.

DON HILARION.

Ya me suben los vapores,
 etc., etc., etc.

LOS DOS.

Adios, adios,
 hasta más ver;
 hoy la ciudad,
 toda va á arder.
 Esto es un bien,
 para los dos;
 aquí se está muy mal,
 y quede usted con Dios.

Con Dios.

Con Dios.

(Don Hilarion huye en la direccion indicada por Quintin,
 á tiempo que sueva otro cañonazo y una descarga.)

(Se oyen dentro gritos de las educandas.)

Uff! Qué algazara! Tambien
 las niñas se insurreccionan?

ESCENA ÚLTIMA.

QUINTIN. — VICTORINA. — VALENTINA. — COLE-
 GIALAS.

HABLADO.

ENCARN. Yo no quiero estar aquí.

CÁND. Nos van á matar á todas.

- UNA. Yo me voy.
- TODAS. Y yo! Y yo!
- ENCARN. Dónde está la directora?
- VALENT. En su habitacion.
- VICTOR. (Conteniéndolas.) Cobardes!
 Quietas!
 (Valentina dá órdenes á Quintín, que desaparece por detras de la casa.)
- TODAS. Es que...
- VICTOR. Punto en boca.
 Qué es lo que temeis? Quién hay
 que atente á vuestras personas?
 En este asilo guardadas,
 quién se acuerda de vosotras?
 Y aun cuando sea fundado
 el temor que os acongoja;
 y aun cuando logre el ejército
 invasor, pronta victoria;
 y aun cuando en fin, asaltara
 los muros que os aprisionan :
 ¿huiríais de su presencia
 como tímidas palomas,
 sin oponer á su arrojo
 vuestra resistencia heróica?
 Oh! Si tal hiciérais, no
 tendríais sangre española!
- ENCARN. En verdad, tú me das ánimos.
- CÁND. Tambien á mí.
- UNA. Y á nosotras.
- VALENT. Bravo!
- VICTOR. Si lo dije yo!
 No hay razon para otra cosa.
 A quién temes tú?
- ENCARN. Yo temo
 á los austriacos.
- VICTOR. Miedosa!
- CÁND. Yo á los ingleses.

UNA. Yo á todos.

ENCARN. Ya tú ves... mugeres solas.

VICTOR. No es más que eso? Bien; pues yo tengo una idea famosa.

CÁND. Qué idea?

VALENT. Aquí está la idea.

(Señalando un lio de uniformes y armas que trae Quintin)

QUINTIN. (A Valentina.) Ya estás servida, pichona.

ENCARN. Qué es esto?

VICTOR. Estos uniformes yo soy quien los proporciona. Mi tutor mandó á su hermano. este equipo hace una hora: concebí mi plan; y como está su casa tan próxima, por la puerta del jardin salí á hurtárselos yo propia. seguida de Valentina que es todo una brava moza.

COLEG. Bravo!

VICTOR. Conque.... cada cual vea el que más le aeomoda, que luego en un periquete nos transformaremos todas. Sobre la puerta pondremos un cartel con letras gordas, que diga: *Guardia de honor.*

COLEG. Bien! Muy bien.

QUINTIN. Se han vuelto locas.

VALENT. Yo seré el tambor.

VICTOR. Y yo general en jefe.—Ahora, dejad que se bata el cobre, dejad que estalle la pólvora, que atruene el bronco cañon, que el ginete lanzas rompa; que al frente Felipe Quinto

de nuestras bizarras tropas,
del austriaco y del inglés
vencerá la audacia loca.
Viva España! Viva el rey!

TODAS. Viva!

QUINTIN. Uff! qué batahola!

MÚSICA.

(Se forman en ala frente al público.)

TODAS.

Guerra! Guerra! La indómita España
nunca, nunca humillada será;
avezada á la ruda campaña,
mi Castilla á campaña saldrá.
Siga, siga el combate reñido:
guerra, guerra, en batalla campal.
La que venza tendrá un buen marido,
la vencida, sin él quedará.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin del colegio.—Cerca en el fondo en semicírculo; en las dos terceras partes de los extremos, verja con base de muro; la tercera parte del centro, muro. Vistas de la ciudad en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA SALOMÉ.—DON HILARION.—QUINTIN *con un lio.*

MÚSICA.

DOÑA SÁLOMÉ.

Nada se oye,
gracias á Dios!
en grato silencio
todo quedó.

DON HILARION.

Nada se oye;
gracias á Dios!
en grato silencio
todo quedó.

QUINTIN.

Nadie me sigue,
nadie me vió.

perezcan las niñas,
sálveme yo.

—
DOÑA SALOMÉ.

Quién vá? Quién se acerca?

DON HILARION.

Quién viene? Quién es?

DOÑA SALOMÉ.

Es don Hilarion?

DON HILARION.

Doña Salomé.

DOÑA SALOMÉ.

Fiera tremolina
anda por ahí.

DON HILARION.

De esta vez armóse
la de San Quintin.

QUINTIN.

Creo que me llaman,
Viéronme quizás.
Guardo aquí mi lio.
Mándenme,

DON HILARION y DOÑA SALOMÉ.

Quién va?

QUINTIN.

Soy yo.

DON HILARION.

Ven.

DOÑA SALOMÉ.

Acércate.

DON HILARION.

Dí, qué has visto?

DOÑA SALOMÉ.

Di,

QUINTIN.

Cosas que espeluznan.

DON HILARION.

Cuenta.

DOÑA SALOMÉ.

Cuenta.

QUINTIN.

Oid.

Vi cruzar mil batallones,
con granadas y mosquetes,
picas, chuzos, coseletes,
y quinientas cosas más.
Vi que á un tiempo se embistieron
y cayeron todos juntos;
la mitad muertos, difuntos,
y sin vida los demás.

LOS TRES.

Qué barbaridad!

QUINTIN.

A través del negro humo
ví las mechas incendiadas,
y salir cien llamaradas
de la negra oscuridad.
Vi quemar los pabellones,
rotos vi los estandartes,
y arder ví por cuatro partes
toda entera la ciudad.

LOS TRES.

Qué barbaridad!

QUINTIN.

El peligro ahora,
no está en la ciudad;
dentro de esta casa
el peligro está.

DOÑA SALOMÉ.

Dínos qué sucede!

DON HILARION.

Qué peligros hay?

QUINTIN.

Digo que las niñas,
son locas de atar.

Van y vienen formadas en hilera,
arma al hombro, y la mano en la cadera,
proclamando á su rey á voz en grito,
de puntillas y paso menudito.
Capitan es la brava Victorina,
y tambor mi arrogante Valentina;
y á esa reja se asoman callandito,
y á cualquiera le soplan un tiritito.

Qué situacion!

Mas callemos; no vengan aquí.

Chiton! Chiton.

DON HILARION y DOÑA SALOMÉ.

Qué situacion!

Mas callemos: no vengan aquí.

Chiton! Chiton!

HABLADO.

QUINTIN. Esto es todo lo que ocurre.

D.^a SAL. Qué hacen ahora?

QUINTIN. Qué hacen?

Están ensayando unas
maniobras militares
que dirige Victorina.

D.^a SAL. Hay audacia semejante!—

De ello daré á las familias
de mis educandas parte.

Quintin, corre á dar aviso.

D. HIL. Eso es; avisa á los padres
de esas condenadas.

QUINTIN. Tienen

guardadas todas las llaves.
Me han prohibido avisar
bajo pena de cortarme
entrambas orejas.

- D.^a SAL. Vé,
ó te despido al instante.
- QUINTIN. Bueno: me iré con orejas.
- D. HIL. Doña Salomé, qué lance!
- D.^a SAL. Y ahora caigo. Qué haceis vos
aquí encerrado?
- D. HIL. Esto es grave.
- D.^a SAL. Quién os tiene aquí sujeto?
Quién os encerró?
- D. HIL. Ps! Nadie.
- D.^a SAL. Mas qué haceis en esta casa?
- D. HIL. Recordais que os dije antes
que ignoraba si tenia
valor...
- D.^a SAL. Y bien?
- D. HIL. Ni un adarme.
- D.^a SAL. Cómo lo habeis descubierto?
- D. HIL. De la manera más fácil.
Dió principio el escarceo;
comenzaron los ataques;
daban y tomaban órdenes;
iban y venian partes.
Dieron uno de que fuéramos
por municiones á escape,
y en aquel mismo momento
se paralizó mi sangre,
y encrespóseme el cabello
y secáronse mis frases,
y mis nervios se crisparon
y heláronseme las carnes,
quedándome en aquel punto
inmóvil, inerte, exánime.
Todas estas emociones,

son síntomas alarmantes
de que no me gusta á mí
armar camorra con nadie,
porque yo soy hombre... quieto.
Es decir.. hombre... tratable.
Es decir... hombre... pacífico.
Es decir... hombre...

D.^a SAL. Cobarde.

D. HIL. Ucé ha dado con el término.
Bueno, llámelo ucé ache.
y tome acta ucé de esta
revelacion importante.

D.^a SAL. No se parece usarcé
á su pupila en un ápice.
Ella sublevó á las niñas,
ella. Es más mala que el draque.

(Oyese un redoble de tambor á la parte de la izquierda.)

D. HIL. Qué es esto?

D.^a SAL. Ellas serán.

D. HIL. Madre de Dios.

D.^a SAL. Vírgen madre.

D. HIL. Yo me escurro por aquí.

D.^a SAL. Yo me voy por esta parte.

D. HIL. Hago la cruz.

D.^a SAL. Me persigno.

D. HIL. Padre nuestro...

D.^a SAL. Dios te salve.

ESCENA II.

VALENTIN.—QUINTIN.

QUINTIN. Ese tambor maldecido
tanto en mi mal se recrea.
que parece que golpea
en el tambor de mi oído.
Dame un golpe, Valentina:

no golpees el tambor...
 y le toca con primor;
 qué bien redobla la indina!
 Rectos á mi pecho ván
 todos sus redobles... Hola!
 Ella viene... y viene sola!
 Amor mio!

VALENT.

Rataplan.

MUSICA.

QUINTIN.

No me des más redobles,
 que me dás llanto,
 mi corazon redobla
 por tí á rebato.
 No de tambores:
 de tu corazoncito
 dame un redoble.

VALENTINA.

Si el enemigo avanza
 redoble al canto;
 si mi jefe lo ordena
 toco á rebato.
 Para los hombres,
 este corazoncito
 no dá un redoble.

QUINTIN.

Con tal desenvoltura
 respondes á mi amor?

VALENTINA.

Si señor.

(Acompañando la frase con el tambor.)

QUINTIN.

No miras mi quebranto?
 No miras mi dolor?

VALENTINA.

No señor.

QUINTIN.

Qué fiero desman!

VALENTINA.

Rataplan!

QUINTIN.

Que bárbara accion!

VALENTINA.

Rataplón!

QUINTIN.

Yo tengo un volcan...

VALENTINA.

Rataplan!

QUINTIN.

En el corazon.

VALENTINA.

Rataplón!

QUINTIN.

No te burles de Quintin.

VALENTINA.

Rataplin.

QUINTIN.

No me toques somaten.

VALENTINA.

Rataplen!

HABLADO.

QUINTIN. Se acabó: huyo de tí,
ya que en mi daño te gozas;
que aun hay en el pueblo mozas
que se desviven por mí.

y te has de morder los codos
 de rabia, y... basta, y... concluyo:
 y á cada cual lo que es suyo,
 y en paz, y Cristo con todos.
 Y has de clamar por Quintín...
 y él no te hará caso alguno;
 porque en fin, á cada... uno.
 le llega su san Martín.
 Y que tu querer termine...
 que maldito lo que pierdo;
 y si te ví no me acuerdo.
 y me voy por donde vine.
 Y el hombre es libre; y la sogá
 quiebra por lo más delgado:
 y el peligro está en el vado,
 y el que no nada se ahoga.
 y cada cual para sí...
 y el último es el que llora...
 y la mancha de la mora... —
 te estás riyendo de mí?

VALENT. No lo puedo remediar.

QUINTÍN. Voto á cien mil!

VALENT. No des voces:

calla, tonto; no conoces
 que es por hacerte rabiar?

QUINTÍN. Pues cuenta conmigo!

VALENT. (Con mofa.) Oh!

QUINTÍN. Es que aunque parezco manso,
 ya soy...

VALENT. Ya sé; eres un ganso;
 por eso te quiero yo.

QUINTÍN. Jé! jé! Por eso? de veras?
 Tonta! Si en esta cuestion
 nada importa la razon;
 lo importante es que me quieras.
 Si accedes á mis deseos...
 Deja el tambor... no te vayas.

Mejor te sientan las sayas,
que todos esos arreos.
Déjalos ya.

VALENT. Por supuesto!
Tan mal me encuentras así?
No te dicen nada á tí
esta apostura, este gesto?
No es verdad, voto á mi nombre.
que parezco un hombre?.. Pues...
aquí donde tú me ves,
yo tengo algo de hombre.

QUINTIN. De hombre?

VALENT. Sí por mi fé!
Tengo la prenda mejor.

QUINTIN. Qué prenda?

VALENT. Bélico ardor
varonil arranque!

QUINTIN. Y qué?

VALENT. Qué cosas más poderosas
tiene un hombre?

QUINTIN. Toma! tiene...

Mira: á mí no me conviene
que tú tengas esas cosas.
Ven acá.

VALENT. Basta de asedio!

QUINTIN. Suelta el tambor.

VALENT. No señor.

VICTOR. (Dentro.) El tambor! Venga el tambor.

VALENT. Allá vá! Fuera de enmedio.

ESCENA III.

QUINTIN.—DON HILARION.—DOÑA SALOMÉ.

QUINTIN. Se me ha escapado... Reniego!..
No; pues como yo la atrape...
Yo hablaré á las niñas.—Zape!
Que tienen armas de fuego!

- D. HIL. Turba armada se avecina:
trasciende á azufre que apesta.
avisa á la ronda, que esta
casa huele á chamusquina.
- D.^a SAL. Gente desalmada y fea
viene acechando esta casa.
avisa á la ronda y pasa
sin que ninguno te vea.
- D. HIL. Créo que nos acuchillan.
- D.^o SAL. Si entran en casa, qué horror!
- QUINTIN. Con que en casa?.. Pues señor.
lo que es á mí no me pillan.

ESCENA IV.

VICTORINA.—VALENTINA.—COLEGIALAS.—*Aparecen las colegialas formadas de dos en dos. Victorina marcha al frente pareja con Valentina quemarca el paso con un palillo solo.*

MÚSICA.

VICTORINA.

Oído al parche! oído!
De frente! marchen! ar.
Silencio en esas filas!
El paso por igual,

CORO.

Al paso vamos todos,
mi bravo capitán.

VICTORINA.

Frente á la izquierda... alto!
Descansen armas! ar!

VICTORINA.

Gloria al intrépido
hijo de Marte—
tacto de codos!—

que á su estandarte
 jura ser fiel!—
 Guía á la izquierda!—
 Todo soldado
 noble y valiente—
 marquen el paso!—
 ciñe á su frente
 mirto y laurel.

Sea en este día nuestra la victoria
 para eterna fama de este peloton.

Vea el mundo entero que tenemos todos
 bríos en el brazo, fé en el corazón!

TODAS.

Vea el mundo entero que tenemos todos
 bríos en el brazo, fé en el corazón.

HABLADO.

VICTOR. Me dejais muy satisfecho!
 Todos teneis, ¡voto á tal!
 en el talle aire marcial,
 noble ardimiento en el pecho.
 Soldados! Para alcanzar
 el triunfo que apetecemos.
 es preciso que observemos
 la ordenanza militar.
 Ved que ella al triunfo encamina:
 Sus lauros són los mejores!
 Yo os recomiendo, señores.
 el órden, la disciplina!
 Yo su poder reverencio!
 Mucha obediencia!

TODAS. Por mí...

VICTOR. Mucho silencio!

ENCARN. (Saliendo de la fila.) Eso sí
 que es más difícil.

- VICTOR. (Rechazándola.) Silencio!
Jem! Pues si á malas lo tomo!
Cuenta conmigo!
- UNA. (Dando un grito.) Ay!
- VICTOR. Chiton!
- LA MISMA. Si me ha dado un pisoton
esta señorita.
- VICTOR. Cómo?
quién ha dicho señorita?
quién ha sido ese indiscreto?
Cincuenta palos prometo
al que esa frase repita.
- CÁND. Por tí.
- ENCARN. Por ella.
- CÁND. Tú eres!
- VICTOR. Qué charlar! Cese el run, run!
Parecen ucedes un
regimiento de mujeres.
Qué diria si esto viera
el ejército invasor
Conserven orden mejor
ante esa turba extranjera.
El noble ardor que aquí late,
mostrad á esa gente extraña;
y al grito de viva España!
arrostremos el combate.
Serenamente le aguardo yo.
Seguireis mi huella?
- TODAS. Sí.
- VICTOR. Consentireis, pésia mí,
que venza el austriaco?
- TODAS. No!
- VICTOR. Pues nuestro el triunfo será.
Muera el archiduque!
- TODAS. Muera!
- VICTOR. Esta es la señal primera
de nuestra victoria.

(Suena una descarga.)

VICT. y COLEG. (Grito descompasado.) Ah!

ENCARN. Una descarga.

VICTOR. Es verdad.

VALENT. En dónde me escondo?

VICTOR. Espera.

(Suena un cañonazo.)

TODAS. Ay! (Un chillido.)

VICTOR. La descarga primera
siempre causa novedad.
No hay que tener miedo alguno.
Procederé á colocar
centinelas.—Firmes!... ar!
Una aqui. El número uno.

ENCARN. Cielos!

VICTOR. Vigile aquel frente.

ENCARN. Qué voy á hacer yo aqui sola?

VALENT. (Acercándose solícita á Encarnación.)

Pobre señorita!

VICTOR. Hola!

qué hace ese tambor?

VALENT. Presente!

Teneis miedo? (A Encarnación furtivamente.)

ENCARN. Virgen mia!

VICTOR. Arma al hombro!

ENCARN. (Firmemente á Valentina) Te vas?

VALENT. (De igual modo.) No.

VICTOR. Flanco izquierdo... Marchen!

VALENT. (Al pasar.) Yo

vendré á hacerlos compañía.

MÚSICA.

VICTORINA.

Oido al parche! oido!
de frente... marchen... ar!

Silencio en esas filas!
El paso por igual.

TODAS.

Al paso vamos todos,
mi bravo capitán:

ESCENA VI.

ENCARNACION.—DON HILARION.—DOÑA SALOMÉ, *en acecho de las colegialas*.—Luego VALENTINA.

HABLADO.

ENCARN. Estoy temblando de miedo.
Si yo para esto no sirvo.

D. HIL. Allí se divisa un bulto.

ENCARN. Viene gente. Quién es? Digo!
Quién vive?

D. HIL. No haga ucé fuego.

ENCARN. La directora!

D.^a SAL. Qué miro?
Encarnacion!

ENCARN. Si señora.

D.^a SAL. Y qué hace ucé en este sitio?

ENCARN. Quedéme de centinela.

D. HIL. Miren qué aire de doctrino!
Hipócrita!

D.^a SAL. Venga acá.

ENCARN. Yo...

D.^a SAL. (*Trayendola de una oreja.*)
Venga ucé acá, diablillo!

D. HIL. Duro en esta, que está sola,
y no corremos peligro.

D.^a SAL. Es usarcé la inventora
de este desórden maldito?

ENCARN. Si yo no he sido!

D. HIL. Aquí no

- vale tío yo no he sido.
- ENCARN. Ha de quedar encerrada
en el cuarto oscuro hoy mismo.
- D. HIL. A pan y agua!
- ENCARN. Señora...
- VALENT. (Apateciendo por la izquierda)
Qué veo?
- D. HIL. Justo castigo!
- ENCARN. Si yo no tengo la culpa!
- D.^a SAL. De ella fué.
- D. HIL. De ella habrá sido.
- D.^a SAL. Enemigo!
- D. HIL. Enhoramala!
- VALENT. (Interponiéndose.)
Qué es esto?
- D. HIL. (Huyendo.) Válgame Cristo!
- D.^a SAL. Valentina! Tú eres cómplice.
- D. HIL. (Acercándose.) Es verdad.
- VALENT. De qué delito?
- D. HIL. (Viene sola.) Duro en ella.
- VALENT. Qué delito he cometido?
- D.^a SAL. Delito de insurreccion.
- D. HIL. Eso...
- VALENT. Y qué?
- D.^a SAL. Cómo!
- VALENT. Lo dicho.
Sepan ucedes que á mí
no me amedrentan los gritos.
- D. HIL. Hace frente: vámonos.
- VALENT. Atrás! (Oponiéndose.)
- D.^a SAL. Qué audacia!
- VALENT. Atrás digo!
De aquí nadie sale ni entra
sin pedirme á mí permiso,
porque están todas las llaves
guardadas en mi bolsillo;
porque sepan que esta casa

está en estado de sitio;
 porque sepan que el que aquí
 se desmanda en lo más mínimo,
 ante el consejo de guerra
 someterá su delito,
 y si le place al consejo
 se le darán cuatro tiros.
 Porque sepan que aquí solo
 gobierna mi jefe invicto,
 y ucedes solo han de oír,
 y ver... y callar... He dicho.

D.^a SAL. (A don Hilarión:) Visteis qué desenvoltura?

D. HIL. Vaya! Pues no he de haber visto!

VALENT. (A Encarnación.) Vigilad vos ese frente,
 que está cerca el enemigo.

(Cruza por detrás de la reja un peloton de guardia popular,
 conduciendo un herido.)

Pero qué gentes son esas?

Son de los nuestros... Dios mio!

Un herido!—Don Enrique.

Por aquí.

(Saca un manojo de llaves y desaparece por la derecha.)

D. HIL. Dios uno y trino!

ESCENA VI.

DOÑA SALOMÉ. — ENCARNACION. — DON HILARION. — *Despues* VALENTINA. — DON ENRIQUE.
 VOLUNTARIOS.

D. HIL. Huyamos nosotros.

ENCARN. (Preparando el arma.) Quietos!

D.^a SAL. y D. HIL. —Eh?

ENCARN. Quédense en ese sitio.

D. HIL. Ay, qué monada de niña!

A que nos dispara un tiro?

Recoja el arma.

- D.^a SAL. Atrevida!
- ENCARN. Inmóviles!
- D. HIL. Ya no chisto.
- VALENT. Por aquí.
- ENRIQUE. (Pugnando por desasirse de los Voluntarios que le conducen.)
No me tengais.
- VALENT. Voy corriendo á dar aviso,
- UN VOL. Calmaos, y nuevas fuerzas
recobrad en este sitio.
- ENRIQUE. No hay por qué; mi herida es leve.
- VOLUNT. Pudiera ser de peligro.
- ENRIQUE. Dejadme.
- VOLUNT. Vos no sabeis
la sangre que habeis perdido.
Recobraos.
- ENRIQUE. Victorina!
- VICTOR. (Con las colegiales.) Vos, Enrique.
- ENRIQUE. (Avergonzado.) Sí! Yo mismo.
La herida es en este brazo.
(Mostrando el izquierdo.)
Curada está: no hay peligro.
La herida mortal es esta
que en el alma he recibido.
Nada espero; en vergonzosa
derrota huyeron los míos.
Del puesto que defendia
arrojóme el enemigo,
y obligado de estas gentes
vá mi paso fugitivo.
Héme ya en vuestra presencia,
deshonrado, envilecido.
Odiadme: ya no os merezco;
soy de vuestro amor indigno!
Castigad vos mi flaqueza,
dando mi nombre al olvido!

MUSICA.—
ENRIQUE.

Ideas de gloria!
 Ensueños de amor!
 Bellas esperanzas
 de mi corazon.
 No volvais á mí!
 Para siempre adios!

VICTORINA.

Su fiero quebranto,
 su acerbo dolor,
 demuestran que inmola
 la vida al honor.
 Quien procede así,
 digno es de mi amor.

VALENTINA y COLEGIALAS.

Su fiero quebranto,
 su acerbo dolor,
 demuestran que inmola
 la vida al honor.
 Quien procede así,
 digno es de su amor.

DON HILARION.

El pobre muchacho
 me dá compasion.
 Sano fué á la guerra.
 y manco volvió.
 Dios me libre á mi
 de tener valor.

VOLUNTARIOS.

Calmad el quebranto,
 venced el dolor.
 En nuevo combate
 sereis vencedor.
 Descansad aquí.
 Cobrad nuevo ardor.

VICTORINA.

Por descalabros tales
no se mide el valor.
Azares de la guerra
irremediables son.
Merecer la victoria,
es victoria en rigor.
Y en fé de que á mis ojos
victoria hallásteis vos,
siera este lazo mio
de lauro vencedor.

(Se arranca un lazo encarnado que lleva en el brazo izquierdo y le coloca en el de Enrique.)

ENRIQUE.

Marcial aliento préstame
esa bendita voz.

VICTORINA.

El os traerá á mi lado.

ENRIQUE.

El me dará favor.

(Oyese lejano toque de clarines.)

ENRIQUE.

A gloriosa lid me llama
ese toque de clarin.
Por mi rey y por mi patria,
parto, pues, á combatir.

VICTORINA, VALENTINA, DOÑA SALOMÉ.

A gloriosa lid le llama
ese toque de clarin.
Por su rey y por su patria
vá de nuevo á combatir.

(Sigue trémolo en la orquesta hasta el fuerte que sirve de tiempo á la descarga que disparan las colegialas.)

HABLADO.

ENRIQUE. Gloriosos lauros dejásteis
 en poder del enemigo!
 Venid á reconquistar
 vuestros laureles perdidos!
 Viva España! (Saleq.)

TODOS. Viva España!

VICTOR. Defendamos este sitio.

D. HIL. Ahora sí que vá de veras;
 Esto no reza conmigo.

VICTOR. Por allí van los austriacos.

(Señalando la verja.)

Ayudemos su exterminio.

Camaradas! Colocaos
 en dos mitades. Oído!

(Forman en dos mitades frente á las verjas correspondientes.)

Preparen! Apunten! Fuego! (Disparan.)

D. HIL. Me han muerto. (Caó.)

D.^a SAL. (Con un grito.) Ay!! (Desaparece.)

D. HIL. (Levantándose y echando á correr.)

Me han herido!

VICTOR. Seguidme por este lado,
 y viva Felipe Quinto.

(Valentina toca paso de ataque, y desaparecen con gran tumulto y griterío por la izquierda. Óyese perceptible rumor, propio de un ruidido combate, y de modo que no perjudique la acción, en la parte del fondo.—A poco tiempo aparece Quintín por la izquierda, volviendo la cara como si alguien le siguiese, y detras ocho ó diez austriacos en su persecución, que le rodean, le acarician y le miman con exagerada expresión. Quintín viene en traje de colegiala.)

ESCENA VII.

QUINTIN.—AUSTRIACOS.

MÚSICA.

—
QUINTIN.

Dónde me escondo?..
Ya no hay escape.
Quién me defiende
de esta invasion?
Qué alma piadosa
viene á librarme
de esta terrible
persecucion.

CORO.

Chss! Fen. Chss! Fen.
Un poco totafía.
Chss! Fen.

QUINTIN.

Si eh? Si eh?
Cuéntaselo á tu tía.
No iré.

CORO.

Mi fa... Mi fa...
Mi fa donarte un beso.
Fen acá.

QUINTIN.—(Poniéndose en jarras.)

No fa... no fa...
faltaba más que eso!
Arre allá!

CORO.

Fen al lado mio.
Mi querita, fen.
Qué piquiena mano!
Qué ponito pié!

QUINTIN.

Oh! Qué mosconeo!
Oh! Qué pesadez!
El que se me acerque
lleva un puntapié.

CORO.

Ni estar toro nofio;
nofia mi querer.
Voy cantar cuanto ama,
mocho un poco pien.

QUINTIN.

Canten usarcedes
hasta echar la nuez.
No paro hasta Suiza,
como eche á correr.

CORO. (Con gesto y ademanes propios de la tirolesa.)

Turi guri tuli guli tai,
guri tai, guli tai.

QUINTIN:

Qué suspiros tan agudos dan
qué preciosos gorgoritos.
Estos hombres son locos de atar.
Qué gracioso! Qué bonito!
Turi guri tuli guli tai,
guri tai, guli tai.

HABLADO.

UNO. Fen, querida.

QUINTIN. Háganse atrás.

No me persigan! Favór!
que seducen á una jóven!
que me roban!

VICTOR. (Apareciendo con las colegialas.) Ellos son!

VALENT. (Apuntándoles con las colegialas.)

Rendios, austriacos!

(Los austriacos quedan acorralados.)

QUINTIN. (Pre ipitándose sobre ellos.) A ellos!

VICTOR. Ni un paso más! Ni una voz!

QUINTIN. Cobardes! Ya estais vencidos.

A ver! Daos á prision.

Ved ahí lo que es atreverse
con un hombre como yo.

(Toque de campanas á vuelo, y gritos de victoria.)

VICTOR. Esas campanas...

TODOS. Victoria!

VICTOR. Abramos las puertas.

VALENT. Voy.

D. HIL. Victoria! Ya hemos vencido.

VOLUNT. Viva nuestro jefe!

VICTOR. Oh, Dios.

ENRIQUE. Gracias, señores!

VICTOR. Enrique!

Me lo daba el corazon!

ESCENA VIII.

VICTORINA.—VALENTINA.—DOÑA SALOMÉ.—

DON HILARION.—QUINTIN.—ENRIQUE.—CO-

LEGIALAS.—VOLUNTARIOS.

ENRIQUE. El triunfo ha sido completo.

El ejército invasor

huye desbandado: al rey

debemos el triunfo de hoy.

Con imponderable arrojo

le he visto lanzarse yo

sobre el enemigo. Viva

don Felipe de Borbon!

ESCENA ÚLTIMA.

VICTORINA. — VALENTINA. — DOÑA SALOMÉ. —
 DON HILARION. — QUINTIN. — ENRIQUE. — CO-
 LEGIALAS. — VOLUNTARIOS. — UN AYUDANTE.

AYUDANT. Oid esta órden dada
 por el rey nuestro señor.
 El arrojó de un alférez
 recompensar quiere hoy,
 porque el mismo rey ha sido
 testigo de su valor,
 y le conoce por una
 particular distincion
 que lleva en el brazo izquierdo.

VICTOR. Dios mio! Vedla.

AYUDANT. Vos sois.
 Capitan os nombra el rey.

ENRIQUE. A mí capitan?

AYUDANT. A vos.
 A su presencia venid.

VICTOR. Qué dice ahora mi tutor?

D. HIL. Que es un buen partido! eso
 siempre te lo he dicho yo.

MUSICA.

TODOS.

Glória al intrépido
 hijo de Marte
 que á su estandarte
 jura ser fiel. —
 Todo soldado
 noble y valiente,
 ciñe á su frente
 mirto y laurel.

FIN.



3 0112 117468899